



instituto
de estudios
de la sociedad

Ritual y Palabra

*Aproximación
a la religiosidad popular
latinoamericana*

Pedro Morandé

Colección Vanguardia







instituto
de estudios
de la sociedad

Ritual y Palabra.

Aproximación a la religiosidad popular latinoamericana.

Pedro Morandé

*Publicado originalmente en 1980 por el Centro Andino de Historia
de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.*



instituto
de estudios
de la sociedad

***“Ritual y Palabra. Aproximación a la religiosidad
popular latinoamericana.”***

Pedro Morandé

©Institutos de Estudios de la Sociedad, 2010

©Pedro Morandé

Director colección Vanguardia: Pablo Ortúzar

Editor Responsable: Joaquín Castillo Vial

ISBN: 978-956-8639-09-9

Primera Edición: Noviembre 2010

Instituto de Estudios de la Sociedad, IES

Nuestra Señora de Los Ángeles 175

Las Condes, Santiago

Chile

www.ieschile.cl

Diagramación & Diseño: FAUNA Diseño

Diseño de Portada: FAUNA Diseño

Impresión: Quickprint Ltda.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de recuperación o de almacenamiento de información—, sin la expresa autorización del Instituto de Estudios de la Sociedad.

Índice

Prólogo: Las preguntas suspendidas <i>Por Pablo Ortúzar</i>	7
Ritual y Palabra	31
Algunas reflexiones sobre la conciencia en la religiosidad popular.	85



Prólogo: Las preguntas suspendidas

Pablo Ortúzar Madrid

Director de investigación IES

Algunos debates académicos caen en desgracia debido a la refutación, según paradigmas generalmente aceptados, de argumentos que forman parte de su estructura (piénsese en muchas teorías biológicas del pasado o en el darwinismo social). Otros son tan intensamente explotados durante algunos períodos que caen en el campo del cliché y de la obviedad (como las teorías sobre el desarrollo). Un tercer grupo, finalmente, sufre un extraño destino: el abandono, es decir, su relegamiento a la marginalidad sin haberse agotado, por una u otra vía, sus posibilidades.

Con el paso del tiempo, muchas teorías y temas de discusión pasan de una a otra de éstas categorías sufriendo algunos rescates y, las más de las veces, nuevas zozobras.

El panorama intelectual chileno, en particular, es una especie de mar de los sargazos de los esfuerzos intelectuales. Lo que más abundan son los naufragios de pequeñas empresas académicas que en otras latitudes habrían sido seguramente acogidas no solo por las discusiones de las aulas sino por el debate público. Sin embargo se persiste, nadie sabe muy bien a razón de qué, en emprenderlas con algo de resignación. Ya le decía el viejo Andrés Bello al joven

historiador Diego Barros Arana: “Escriba joven sin miedo, que en Chile nadie lee”.

Lo que ocurre es que el interés académico, tan relacionado a los procesos sociales, funciona como una linterna que va alumbrando ciertos ámbitos de la realidad y dejando otros en penumbras. Así, no existen verdaderos “apagones culturales”, sino desplazamientos del foco de interés. Uno puede ver que una gran cantidad de debates contruidos en los años setenta y ochenta del siglo XX en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades desaparece con el llamado “retorno a la democracia” y la posterior “transición democrática” y son remplazados por asuntos nuevos, las más de las veces de corte práctico.

Entre aquellas discusiones dejadas en el tintero desde esa época, la de la religiosidad popular y su vínculo con la identidad cultural latinoamericana y, en particular, chilena, ocupa quizás un lugar privilegiado. Y dentro de ese debate Pedro Morandé es, sin duda, el exponente de mayor nivel. Por esta razón, hemos querido, como Instituto, hacer una arqueología necesaria de su pensamiento y partir al rescate de uno de sus primeros escritos.

Mientras escribo estas líneas tengo frente a mí una fotocopia de una fotocopia de una fotocopia archivada llena de subrayados, comentarios, cálculos, números de teléfono y reuniones garabateadas. Entre los varios nombres y firmas de su portada destacan un título: *Ritual y Palabra (Aproximación a la religiosidad popular latinoamericana)*; un nombre: Pedro Morandé; un lugar y

fecha: Lima, 1980, y una institución a cargo de la edición: Centro Andino de Historia. En su interior, diagramada a máquina de escribir, se encuentra la hasta ahora única versión disponible del resumen, hecho por el propio autor, de la tesis doctoral que entregara a la universidad de Erlangen, en Nürenberg, el año 1979, titulada “Synkretismus und offizielles Christentum in Lateinamerika. Ein Beitrag zur Analyse der Beziehung zwischen ‘Wort’ und ‘Ritus’ in der nachkolonialen Zeit”. Por años, copias de este tipo han circulado entre los estudiantes que tuvimos la suerte de hacer contacto con el librito, con “la” copia. Nos hemos propuesto sanar ese déficit.

Pero rescatar un libro para el presente es una acción que requiere un movimiento doble: debemos fijar, más o menos, el marco de su creación para luego proponer su relevancia actual en un marco distinto. Las indicaciones para este complejo trabajo de genealogía e injerto nos las ha entregado el propio autor, que fija como mapa para la lectura de este libro el documento número 29 del Consejo Episcopal Latinoamericano titulado “Iglesia y Religiosidad Popular en América Latina”, editado en 1977, que recoge las ponencias y conclusiones del encuentro realizado por esos años con objeto de “estudiar, analizar y sacar líneas de acción, recomendaciones sobre el tema de la pastoral popular”. Pedro Morandé participa en dicha reunión, llevada a cabo en Bogotá, con una exposición titulada “Algunas reflexiones sobre la conciencia de la religiosidad popular”, la cual incluimos en esta edición. Sin embargo, la exposición que el autor considera la clave para comprender su

escrito es la de su gran amigo, recientemente fallecido, Alberto Methol Ferré que lleva por título “Marco histórico de la religiosidad popular”. Como anécdota, hay que agregar que ellos eran los únicos laicos de un equipo de trabajo que contaba con personajes tan destacados como Renato Poblete S.J. y Joaquín Alliende.

A continuación, entonces, procederemos a reconstruir el “ambiente intelectual” del cual es tributario “Ritual y Palabra”, explicaremos, en ese marco, la propuesta de Morandé y luego la evaluaremos de frente a nuestra época actual.

Alberto Methol Ferré y los bordes y contextos de una discusión

En su escrito, Alberto Methol Ferré intenta delimitar, muy a grandes rasgos, los procesos y elementos que configuran la relación entre Iglesia y religiosidad popular latinoamericana con la profunda convicción de que un nuevo momento, reivindicativo de esta forma de religiosidad, se estaría abriendo en Latinoamérica en lo que entiende como un segundo período post-conciliar (en relación al Concilio Vaticano II realizado entre 1962 y 1965).

Parte por plantear la constitución histórica de América Latina como un encuentro entre tradiciones indígenas, africanas e hispano-lusitanas cuyo signo es el mestizaje y que, para ser explicado y entendido, requiere remitirse a la historia universal dada la diferencia importante de desarrollo -grados de complejidad- de las formas culturales de cada una de estas tradiciones. Así, entender

el fenómeno religioso generado en nuestro continente exige una investigación enraizada en una historia general religiosa.

En occidente, tal historia debe tener necesariamente como eje a la Iglesia Católica, que “nace en el punto más dinámico, Medio Oriente y Mediterráneo, ya avanzada la tercera etapa agraria, entre los dos centros originarios irradiantes, que son el mesopotámico y el egipcio”. Dicha génesis posee una importancia radical llegado el encuentro de dicha tradición con los mundos americanos y africanos, marcado por la “ley de correlaciones estructurales entre formas religiosas análogas” que incluso, señala el autor, podrían tener parentescos históricos remotos pero presentes, dado que la Iglesia llevaría en su seno “innumerables vestigios, formas e incluso gestos, que se van no solo a encontrar, sino a ‘reencontrar’ al ponerse en contacto”. Aquello implica no ceder a la idea de una radical heterogeneidad de la Iglesia de Cristo, no obstante su novedad, en relación a formas religiosas paganas y discernir, caso a caso, “hasta qué punto una forma de origen pagano está transfigurada en una totalización cristiana y a la inversa”¹.

Esa congruencia estructural y genética será el trasfondo de la hegemonía que en las formas de religiosidad popular católicas latinoamericanas alcanzarán las formas de religiosidad popular medievales hispano-lusitanas, salvo escasos enclaves. Aquellas

1 Methol Ferré, Alberto, “Marco histórico de la religiosidad popular”, en “Iglesia y religiosidad popular en América Latina. Ponencias y documento final”, Documento CELAM N°29, Bogotá, 1977, p.55 - 56.

formas fueron acuñadas por los pueblos español y portugués durante el medio milenio anterior al descubrimiento de América, que se iniciaría en el siglo XI con Sancho el Mayor y el inicio de la europeización de los rústicos reinos cristianos del norte, “gran eclosión cristiana del mundo germánico-romano, principalmente a través de las órdenes de Cluny y luego de Cister”, configurándose desde ese momento “un nuevo mundo cristiano, que alcanza nuevas expresiones y creaciones (...) lo propiamente medieval”².

Este proceso, dado sobre el “catolicismo penitencial” de los monjes irlandeses, marcadamente veteroestamentarios, da paso, a partir de Cluny, a una síntesis en un “catolicismo de lo maravilloso” para el cual la experiencia primordial de lo sagrado era la del sumo poder, desbordando el milagro continuo de la creación en una multitud de milagros tangibles. La Iglesia rebelaba así que lo santo todopoderoso es la radicalidad del Amor, pero Dios era considerado un abismo inaccesible. Por lo tanto, las mediaciones son indispensables para salvar las proporciones entre lo divino y lo humano, constituyendo lo supremo “el milagro eucarístico”, la presencia de Cristo en la eucaristía, y reuniéndose luego la adoración del Santísimo Sacramento, las procesiones de Corpus Christi y la presencia de la constelación de María y los santos (de origen Bizantino definido en el segundo Concilio de Nicea) en torno a esa “presencia maravillosa y cotidiana de la encarnación”.

2 Ibid. p.60

En su conjunto, un universo medieval germano-romano “estético y lírico, pletórico de imágenes y canciones” en el que “prolifera santuarios, romerías, fiestas”³.

Ése fue el catolicismo que se encontró con las religiones paganas del continente americano y que, luego de una etapa de persecución y ocultamiento, entrara en la más larga y fecunda etapa del sincretismo durante la colonia, “dialéctica de conquista y evangelización, la cruz y la espada”, que el autor llamará “síntesis barroca”⁴.

La relación entre una religión y las otras pasa, de acuerdo a Methol Ferré, por dos etapas: una primera de desprecio por la “idolatría insoportable” de los indios y luego una comprensión de las correspondencias existentes, “semillas del Verbo”. Los métodos de la evangelización siguieron las más variadas vías de la expresión cultural y los mitos paganos encontraron respuesta en las vidas de los santos y la imagen de la Virgen.

Con el barroco, “tanto una afirmación exuberante de la naturaleza, como de su vocación sobrenatural, en movimiento incesante (...) lanzado a la desmesura y el color, con espíritu comprometido, militante, propagandístico, persuasivo, dramático y glorificador, de la Iglesia, y del Creador y Salvador”(…) “nace América Latina”⁵.

3 Ibid. p.62

4 Ibid. p.63

5 Ibid. p.64

El proceso posterior, durante el siglo XVIII, sumerge ese mundo en la llamada “ilustración católica”, ajena a la religiosidad popular y de formas más sobrias y moralistas, la cual “aunque filantrópica, fue ajena al pueblo (...) todo para el pueblo, pero sin el pueblo. Y el pueblo siguió en sus antiguos cauces sin realimentación intelectual”, comenzando “el mayor cisma entre élites y pueblo, que aun no está cerrado en América Latina”⁶. Así, el siglo XIX comienza con una Iglesia desmantelada, la intervención de un papado que jamás había podido ejercer demasiada influencia en estas tierras y la romanización de las elites de la Iglesia, a contrapelo de la religiosidad popular.

La “restauración romántica” generará entonces “una especie de neobarroco” y culminará con el Concilio Vaticano I^{er}o y el Concilio Latinoamericano de Roma de 1899, carente de una dinámica creadora y lejana a la religiosidad popular. Fue el Concilio Vaticano II^o, como vimos, el reflejo de un nuevo impulso caracterizado por el “redescubrimiento” de la inteligencia teológica latinoamericana del pueblo, adquiriendo autoconciencia histórica y robusteciéndose nuevamente las raíces populares que alimentan a la elite, que sin ellas “gira en vacíos puramente verbalistas, condenándose a un acartonamiento del alma, por más revoltosa que se vuelva para cubrir su propia nadería”⁷.

6 Ibíd. p.65

7 Ibíd. p.48

Pedro Morandé y el problema del encuentro

“Ritual y Palabra” se sumerge entonces en el problema del encuentro, la síntesis y el sincretismo. Lo que Methol Ferré trata en un par de párrafos aquí es extendido y penetrado buscando responder el “cómo” de ese proceso, de ese encuentro, y el “por qué” del éxito de semejante empresa.

En él, el autor constata la incompatibilidad profunda entre las religiones negras e indígenas y la religión cristiana, dadas las diferencias que hacían que cosas como la existencia de un mediador divino que operase la redención del género humano o el papel que el catolicismo le asignaba al hombre frente a la divinidad, resultasen prácticamente intraducibles e intransmisibles, realidad con la que las propuestas genéticas y estructurales esbozadas por Methol Ferré difícilmente se ven capaces de lidiar para llegar a una explicación satisfactoria respecto a cómo se salvaron dichos obstáculos.

El camino a la respuesta, entonces, será allanado a partir de la distinción introducida entre religiones cúllicas y religiones de la palabra, abandonadas unas a la eficacia de la fe para asegurar la reconciliación del hombre con lo trascendente mientras las otras definen su relación con la divinidad a través de la eficacia simbólica de los rituales. El sincretismo opera entre éstas dos formas religiosas especialmente a partir de la institución de la hacienda, que mantiene aspectos fundamentales de la economía cúllica indígena al mismo tiempo que establece relaciones mercantiles entre sus

productos, desconocidas para las formas anteriormente existentes del culto. Se constituye así en síntesis, 'Polis' del nuevo continente y mantiene este carácter aún mucho después de su desaparición como unidad productiva de las economías criollas.

“Algunas reflexiones sobre la conciencia en la religiosidad popular”, por su parte, profundizará en el asunto de la vinculación entre la religiosidad popular, la hacienda y la identidad nacional chilena tomando como eje el culto mariano que opera como conciencia de un común destino y reflexionando respecto a sus posibilidades. Así, complementa y expande los alcances y la reflexión de “Ritual y Palabra”.

Un debate para nuestros días

¿Qué importancia podría tener hoy una discusión respecto a las formas religiosas que operarían como fundamento de nuestra representación del mundo? ¿Qué podrían importar su génesis, su historia y su vigencia? ¿En qué podría cambiar nuestra realidad semejante reflexión?

El Chile que recibe el bicentenario parece un país muy diferente del Chile de 1980. Hoy somos una sociedad más secularizada y pragmática, dirigida por elites prácticamente ausentes, obsesionada con el crecimiento económico y movilizadora en forma permanente por las fuerzas del mercado. El consumo en abundancia, situación que nos fue esquivo por siglos, ha dado su mano a torcer

a los créditos de consumo y el afán de ostentación ha encontrado correlatos materiales más dignos y globalizados que aquellos miserables y pueriles bienes de lujo de los años ochenta. Nos hemos ido convirtiendo, de la mano de nuestro modelo económico, en una sociedad de masas.

Sin embargo, en los límites superiores de nuestro desarrollo y desarrollismo nos encontramos continuamente con cachivaches y problemas de variado tipo que no ceden a explicaciones fundadas en cálculos de racionalidad instrumental, búsqueda de la maximización ni manuales de administración y/o autoayuda. Tenemos una especie de entretecho molesto lleno de antigüedades y tradiciones al que llamamos “cultura” o, más corrientemente, “problemas culturales”, de entre las cuales nuestras concepciones religiosas y sus derivados e implicancias forman parte fundamental.

Por supuesto, muchos han optado por plantear que dicho entretecho no contiene más que basura que, con algo de suerte, podría ser de utilidad para algún nostálgico de privilegios del pasado hoy extintos o para quien buscara beneficios en el “mercado de la identidad”. En todo caso, nada serio: lastre a nuestro pleno desarrollo fundado en la diferenciación funcional y la cultura de masas.

El problema surge cuando comenzamos a preguntarnos si es que todo ese cachureo obedece a alguna lógica y si, en tal caso, podríamos estar siendo constreñidos realmente por ella ¿Hay método en esta locura? ¿Estamos o no en la senda de Suecia o Estados Unidos? ¿Afectarían en algo ese camino nuestras

creencias religiosas y las prácticas derivadas de ellas? Autores absolutamente contemporáneos han dedicado un tiempo a meditar sobre estos asuntos, concluyendo la mayoría que la cultura es inseparable de nuestras formas institucionales, pero discrepando en el sentido de esa relación. Revisaremos a uno de ellos.

Marcel Henaff y la pregunta por el don

En un excelente artículo titulado “Ética religiosa, intercambio de regalos y capitalismo” el profesor Marcel Henaff inicia su reflexión quejándose de que “Weber parece pensar que es suficiente entender el caso del catolicismo como la negación esquemática del protestantismo ascético (...) lo que tiene sentido, pero habría sido más interesante ver la investigación comenzada desde el otro extremo”⁸. Las razones para que ello no fuera asumido como empresa están, piensa el autor, en que el triunfo del “homo economicus” y de la racionalidad instrumental económica debían ser puestos en perspectiva y hacerse menos autoevidentes, para lo que faltarían años de trabajo intelectual, especialmente de antropólogos e historiadores dedicados a los estudios económicos de sociedades pre-capitalistas.

El giro, para Henaff, lo produce el trabajo de dos autores clave: Karl Polanyi y Marcel Mauss. Como resultado de él “la actitud

8 Henaff, Marcel, “Religious ethics, gift Exchange and capitalism”, *European Journal of Sociology*, 2003, Vol. 44, Num.3, p. 294

católica puede ser leída de manera diferente (...) de hecho, los sociólogos y los historiadores comienzan a descubrir que esta actitud señala menos la dependencia a una tradición eclesiástica que la pertenencia a una cultura –especialmente la del mundo latino- caracterizada por una organización particular del parentesco, ciertas formas de las relaciones sociales, prácticas legales muy definidas, valores estatutarios originales y un modo de vida que se mantuvo predominantemente rural (...) Este mundo se ha convertido finalmente en un objeto de estudio legítimo para la sociología histórica”⁹. Para abordarlo, además, será necesario descartar las teorías que explican las formas de las relaciones sociales y las prácticas económicas desde la religión (Sombart) y también aquellas que hacen lo contrario (Marx) y considerar, siguiendo a Weber, cómo esas formas y prácticas se emparejan mejor con algunas representaciones religiosas que con otras.

El protestantismo, nos explica Henaff siguiendo a Weber, se encuentra con el espíritu del capitalismo en la devoción por el deber, donde se produce la equivalencia entre llamado vocacional y profesión, volviéndose más importante lograr metas profesionales que realizar labores de caridad, al punto de terminar reemplazando unas por otras, asumiendo que la propia división del trabajo cumplía las obligaciones de uno con los demás. Este movimiento desvaloriza, de esa manera, el actuar generoso que se suponía esencial para

9 Ibid. p. 295

la salvación y lo termina por presentar como económicamente irracional. De ese modo, lo que es cuestionado radicalmente es “la forma de la relación social misma”, lo que se ve reforzado en la doctrina de la predestinación, poniendo bajo sospecha no solo los vínculos de donación entre los hombres sino también la gracia divina “convertida en una extraña forma de arbitrariedad”¹⁰.

El rechazo a todo intermediario y la imposibilidad de obtener la gracia divina mediante cualquier acto prepararon lo que Weber llamó “el desencantamiento del mundo” y un poderoso individualismo derivado de que “al no haber intermediario posible, la pregunta por la salvación se volvía estrictamente personal”. Por ello, como la única manera de honrar a Dios era el trabajo riguroso ligado a la vocación, las relaciones establecidas con las demás personas, para no contaminarse, debían ser estrictamente instrumentos de esa vocación: sólidas, objetivas y neutras.

¿Qué tipo de relaciones son excluidas entonces? ¿Qué es lo que es des-encantado? Weber hablará de la desaparición de la “ética de la fraternidad”, lo que Henaff conceptualiza, a su vez, como “desencantamiento de la comunidad”, es decir, de las exigencias éticas vinculadas al “intercambio de regalos y servicios, la ayuda mutua material para la subsistencia y el apoyo en el sufrimiento (...) las que tienen importantes efectos sociales”. Entre ellos, “suavizar las relaciones jerárquicas: el fuerte debe proteger al débil (...) transformando toda

10 *Ibíd.* p. 301

relación con otro en una relación personal y eludiendo el escrutinio racional de las situaciones a favor de una actitud afectiva”¹¹.

Lo que hay tras esa “ética de la fraternidad”, sospecha el autor, no es otra cosa que el don, el cual puede establecer tres tipos de relaciones: el intercambio ceremonial de regalos que busca reconocer al otro y que constituye la vida social de las sociedades tradicionales; el regalo unilateral del soberano o de la ciudad que Henaff llama ‘gracia’ y, finalmente, el regalo de tipo moral que depende de la decisión libre del donante, que puede o no ser recíproco, y cuyo objetivo es expresar generosidad y compasión, el cual definiría particularmente a la “ética de la fraternidad” presente en la doctrina católica.

Luego, el artículo, de la mano del libro “Antídora. Antropología Católica de la economía moderna” de Bartolomé Clavero que Henaff rebautiza como “La ética católica y el espíritu del no capitalismo”, intenta profundizar en el tipo de relaciones que el mundo católico ha sostenido en tensión respecto a la emergencia de las prácticas económicas que calzaron sin problemas con la ética protestante. Para el autor, aquellas relaciones pueden ser resumidas en: prioridad de las relaciones generosas y caritativas por sobre las relaciones legales y contractuales, la prioridad de la igualdad proporcional y distributiva sobre la igualdad estrictamente conmutativa y la prioridad de la familia y los amigos por sobre las autoridades públicas y administrativas.

11

Ibíd. p. 305

La generosidad, en ese contexto, está entendida desde el concepto de 'gracia', significando ésta "benevolencia, amistad, buenos deseos para el otro, ayuda y apoyo (...) como únicas relaciones naturales y espontáneas (...) naturales porque emergen del orden de las cosas deseado por Dios (...) y además porque son también la relación que tiene Dios con el hombre: pura generosidad sin cálculo". Así, las operaciones de intercambio inscritas en el marco de esta ética deben tender necesariamente al don: "la transacción económica ha tenido ciertamente lugar, pero es entendida o al menos presentada como un acto de generosidad recíproca (...) esto significa que permanecen el rango de las relaciones personales, en la lógica de las 'cálidas' relaciones sociales (...) el pensamiento teológico que privilegia la lógica de la caridad termina recodificando las acciones orientadas a la ganancia en esta lógica"¹².

De este modo, "el mayor problema introducido por la doctrina católica no es solo la devaluación de los negocios por la supremacía de las relaciones caritativas, sino, más aún, la formulación de los negocios como si se trataran de una variación de dichas relaciones"¹³. De ese modo se traduce a la lógica del don todo tipo de transacciones, lo que devalúa de cierto modo la lógica de las relaciones jurídico-contractuales, que no tienen por fin generar lazos humanos entre dos individuos, sino regular relaciones patrimoniales.

12 *Ibíd.* p. 317 - 318

13 *Ibídem.*

Por supuesto, además de Henaff y Clavero otros autores se han dedicado a tratar este asunto. En Chile es conocido particularmente Michael Novak, quien en su libro “La ética católica y el espíritu del capitalismo”, publicado por el Centro de Estudios Públicos en 1995 en nuestro país. En él enfrenta la tesis de Weber resaltando los diversos puntos en que la doctrina y el modo de vida católicos armonizan perfectamente con la organización de un modelo económico capitalista bien comprendido, particularmente por el tipo de libertad y las exigencias en cuanto a responsabilidad que una sociedad fundada en ese modelo entrega a sus ciudadanos. Además, señala Novak, las raíces de este sistema económico serían mucho más profundas y antiguas que el protestantismo. Rafael Termes en su “Antropología del capitalismo” secunda dicha posición.

Otro escrito que no puede dejarse de lado tratando este asunto es la encíclica *Caritas in Veritate* de Benedicto XVI, donde define la caritas como amor, la vincula con el don y llama a los católicos a emparar sus relaciones en ese espíritu, el del amor lleno de verdad (*caritas in veritate*) que “pone al hombre ante la sorprendente experiencia del don” y lo hace experimentar la gratuidad que “está en su vida de muchas maneras, aunque frecuentemente pasa desapercibida debido a una visión de la existencia que antepone a todo la productividad y la utilidad”¹⁴.

14 Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, Ediciones UC, Santiago de Chile, p. 53

En todo caso, lo que queda planteado es que, al parecer, la identidad cultural católica y el modo en que ésta vislumbra la forma de las relaciones humanas tendría efectos prácticos importantes, por lo que bien vale la pregunta respecto a nuestra propia identidad religiosa y los efectos que ésta tendría en el plano social y económico. Este es el asunto central sobre el que, sin duda, la reflexión de Pedro Morandé puede entregar luces de gran importancia, especialmente porque ni Henaff, ni Novak, ni Termes, ni Clavero ni Benedicto XVI abordan el caso particular de América Latina, sus formas religiosas y el cómo ellas se relacionarían con las prácticas sociales y económicas.

¿La ética católica latinoamericana y el espíritu del capitalismo?

El problema del vínculo humano debería ser uno de los ejes reflexivos para todo país que entiende “progresar” como un transformar para bien las relaciones entre las personas dentro de un país o territorio.

En el caso de Chile, rara vez se ha tratado con seriedad este asunto. Es un tema delicadísimo en el que es muy fácil caer en clasificaciones maniqueas guiadas por intereses propagandísticos. Sin embargo, no es ese motivo para abandonarlo. Como bien mostró Angélica Thumala con su libro titulado “Riqueza y piedad. El catolicismo de la elite económica chilena”, los estudios serios respecto a cómo las concepciones religiosas legitiman ciertas

prácticas y modos de vida pueden abrir camino a reflexiones de inmenso valor.

El cómo consideramos al otro en nuestra práctica cotidiana condiciona el tipo de sociedad que construimos. Por eso, sin comprender la forma de los lazos sociales que unen moralmente a un grupo humano difícilmente podremos entender la mayoría de sus prácticas cotidianas: estos vínculos empapan todo, todo lo atraen hacia su forma y lo moldean.

De tal modo, que según tal o cual índice seamos un país “desigual” o “semi-desarrollado” no nos dice mucho respecto a lo que realmente está ocurriendo en ese lugar. Penetrar en la densa trama de relaciones y sus cualidades es el verdadero desafío explicativo.

Tratar sobre la forma de los vínculos es tratar, finalmente, acerca de la forma que adquiere el poder en determinados contextos, sabiendo que el poder se convierte en autoridad solo cuando logra legitimar cierto modo de darse. Ese modo es, justamente, aquello que debe concitar nuestro interés.

En ese ejercicio el estudio de lo sagrado y de la religiosidad son poderosísimas claves explicativas: en lo separado reside normalmente el sentido de la forma que adquiere lo que queda unido por esa separación.

Chile ha sufrido enormes transformaciones en muy pocos años y ellas no han sido solo materiales, sino principalmente “espirituales”: cambios importantes en el plano del sentido. Intentar

entenderlos, evaluarlos y tomar de ellos solo lo bueno es un desafío para las nuevas generaciones. Rescatar a quienes abrieron los caminos de estas preguntas, ir hacia las señales que quedaron suspendidas, resulta así un deber y una gran empresa a la que hemos pretendido aportar con esta nueva edición del libro del profesor Morandé.

Octubre 2010